

de paja que construían rápidamente, las cuales quemaban a su partida. Allí por tanto se hizo llevar S. Francisco, para arriesgar su vida por la conversión de la China.

Hasta entonces ya bastante abandonado, pronto lo fué todavía más. De sus compañeros tuvo que hacer volver por inepto a un hermano lego portugués. Un intérprete que se procuró para Cantón, le abandonó pronto por temor a los castigos de los mandarines. El capitán del navío que le había traído, no fué muy afable y cortés, por respeto a Alvaro. Fué a la verdad por un portugués recibido y sustentado en su cabaña, pero después de la partida de éste, tuvo que mendigar un pedazo de pan y sufrió acerba necesidad. Sólo perseveraron con él un chino de unos veinte años educado en Goa, pero que se había casi olvidado de su lengua materna, y un criado.

A pesar de todo eso y a pesar de todas las disuaciones así de los portugueses como de los mercaderes chinos, S. Francisco persistió firme en su resolución. Un chino al fin se dejó ganar para llevarlo a Cantón por una gran remuneración, y dejarlo a la puerta de la ciudad antes de apuntar el día; quiso el santo fiarse de él, con peligro ciertamente de que el chino tomase la paga convenida, y después se desembarcase en el mar del incómodo extranjero. Pero hasta este peligro no le espantó, y cuando los portugueses por miedo de inconvenientes le suplicaron, que aguardase a poner por obra su arriesgada determinación hasta después de la partida de sus navíos, consintió también en ello, para dar cima a su gran empresa enteramente solo y desamparado de todo auxilio humano.

Pero sus planes no llegaron a efectuarse. El 22 de noviembre de 1552 le asaltó una fuerte calentura, y el 27 a las dos de la mañana le arrebató la muerte. En la isla desierta, en miserable cabaña, halló un fin cual pudo haber deseado su alma magnánima, en el vigor de sus años, en el más elevado vuelo de su amor a Dios y a los hombres, y en la más extremada pobreza y desamparo, semejante también en la muerte a quien en vida había procurado imitar como a su modelo (1).

(1) Sobre la muerte y sepultura de S. Francisco Javier poseemos la relación de un testigo ocular, el chino Antonio (publicada por Cros, II, 342-354; cf. Valignani en los Mon. Xav., I, 190). Que el día en que murió no es el 2 de diciembre, sino el 27 de noviembre, lo muestra (contra Astrain en Razón y Fe, V, Madrid, 1903, 375-386) Cros, loc. cit., 355 ss. y en los Etudes, XCVII, París, 1903, 680-702; cf. Analecta Bollandiana, XXIII, Bruxelles, 1904, 410.

El único testigo de su muerte, el chino Antonio, puso el cadáver, a la usanza china, en una especie de ataúd, en el que se echó cal, para acelerar la putrefacción y poderse llevar después los huesos. Cuando poco antes de la partida del navío, en 17 de febrero de 1553, se abrió de nuevo la sepultura (1), se halló el cadáver enteramente incorrupto. Recibido solemnemente en Malaca, fué allí, a pesar de eso, sepultado sin ataúd. El 15 de agosto se le halló otra vez sin rastro de corrupción. A principios de la Semana Santa de 1554 fué trasladado a la iglesia de San Pablo, de Goa, y más tarde enterrado en la Casa Profesa del Buen Jesús, donde todavía hoy no ha sido reducido a polvo (2).

En S. Francisco Javier concurren cualidades, que a primera vista parecen contradecirse. Era ante todas cosas hombre de acción, que nunca podía descansar, y a quien todo lo que hacía, le parecía pequeño e insignificante, porque sus ojos siempre iban dirigidos a lo que aun quedaba por hacer. Hubiese deseado estar al mismo tiempo en todas partes para promover en todas partes el cristianismo. Por eso su actividad pudiera parecer casi febril y agitada, su arrojo e intrepidez temerarios, y sus constantes viajes como el desahogo de puras ansias de correr de una parte a otra. Pero ya en el siglo XVI justificó este modo de proceder Alejandro Valignani, alegando en su favor los felices éxitos de Javier. «Era, dice (3), guiado en todo lo que hacía, por mucha prudencia, porque en todas las empresas salió muy bien, y en todas las partes adonde fué, dejó sembrada la palabra de Dios de tal manera, que fué creciendo y dando muy copioso fruto.» Ciertamente, para apreciar la actividad de Javier se ha de tener ante la vista, que él no se consideraba como un misionero aislado, sino como superior de una multitud de misioneros, que tenía que distribuir por la mitad del mundo. Para poder asignar a cada uno

(1) Está señalada con una inscripción en lengua portuguesa y china. Allí cerca se ven los restos de la capilla, que fué erigida sobre la cabaña, en que murió S. Francisco Javier (v. Suplemento a la Gaceta General, 1865, n. 30). Una \*Relatio sepulturae S. Francisci erectae in Sanciano insula anno 1700, con un plano de la isla y de la capilla, compuesto por el misionero jesuita Gaspar Castner, se halla en el Cod. 150 de la *Biblioteca de Lión*. Cf. Sommervogel, II, 853; *Civiltà catt.*, IV (1894), 757 ss.

(2) Adolfo Müller, Una peregrinación a Goa, al sepulcro de S. Francisco Javier, en las Misiones Católicas (de Alemania), 1891, 69 ss., 100 ss.; *Civiltà catt.* II (1891), 371 ss.

(3) Valignani en los Mon. Xav., 192.



el círculo de acción correspondiente a sus fuerzas, tenía que conocer por sus propios ojos las regiones y los pueblos. «Muchas veces solía decir, cuando mandaba algunos a alguna parte: ¿Cómo pudiera yo hacer esta misión con satisfacción mía, si no tuviera visto y experimentado lo que allí pasa?» (1) Parecíale ser incumbencia suya facilitar la senda en todas partes, tomar sobre sí las dificultades del primer principio, para que sus hermanos y súbditos cosechasen los frutos de estas fatigas. «Ruego a Dios Nuestro Señor, escribe en el último año de su vida, que me dé gracia de abrir camino a otros, ya que yo no hago nada.» (2) Cuanto a la continuación del trabajo de misiones, apenas se puede apreciar bastante el que, gracias a sus viajes y desvelos, se sabía ahora claramente dónde sobre todo había que afanarse en Asia por la conversión de las almas, conviene a saber, no tanto entre los muelles y antojadizos indios y malayos, cuanto más bien entre los japoneses y chinos.

Con este inflamado deseo de trabajar por la salvación de sus prójimos, unía Javier la contemplación y vida interior de un místico. Ya poco después de su ordenación sacerdotal se pudieron observar en él estados místicos (3). Muchas horas de la noche, y todo el tiempo que le dejaban libre sus trabajos, lo dedicaba a la oración, y hallaba en ella tal gozo interior, que todas sus fatigas le parecían «suave cruz» (4). La firmeza con que perseveraba en sus resoluciones, la sacaba de la meditación de sus planes en la presencia de Dios. Escribió que por mucho tiempo estuvo indeciso, si iría al Japón o no; pero que después que Dios le dió a sentir dentro de su alma ser voluntad suya, que fuese a aquellas partes, parecíale que si lo dejara de hacer, fuera peor que los infieles del Japón (5).

A pesar de la elevada perfección y abnegación que de sí mismo exigía S. Francisco Javier, en modo alguno era riguroso o áspero con los demás, sino de una humildad y mansedumbre que

(1) *Ibid.*, 65.

(2) *Mon. Xav.*, I, 701. También otras muchas veces expresa el deseo de poder ser quien prepare el camino a otros, por ejemplo, *Mon. Xav.*, I, 695, 729.

(3) *Cros*, I, 145.

(4) A. de Quadros (1555) en las *Sel. Ind. epist.*, 185. Carta de S. Francisco Javier, de 5 de noviembre de 1549: *Mon. Xav.*, I, 576.

(5) Carta de 22 de junio de 1549: *Mon. Xav.*, I, 539.

ganaba los corazones, y de amable afabilidad en el trato. Sabía acomodarse a todos y ganarlos a todos para sí, tanto a los príncipes y nobles señores de Portugal como a los soldados y marineros, o a los bárbaros medio civilizados de la India. En Malaca iba muchas veces donde estaban jugando los soldados, y cuando veía que cesaban en sus juegos por su respeto, los convidaba a continuar, diciendo que los soldados no eran frailes, y que él también holgaría con ellos (1). A un jesuita de Malaca, que tenía un modo de ser duro y áspero, envió una fuerte reprobación (2). Tenía una condición llena generalmente de alegría y apacibilidad. Uno de sus compañeros, el japonés Bernardo, que más tarde vino a Europa y murió en Coimbra, cuenta de él (3), que muchas veces en las peores jornadas del Japón daba saltos de gozo, y echaba a lo alto una manzana y la volvía a coger, mientras corrían de sus ojos lágrimas de gozo, alabando en voz alta la bondad de Dios, que le había escogido para anunciar la buena nueva en tan apartadas regiones.

Para con los dignatarios eclesiásticos o miembros de otras Órdenes religiosas mostraba el mayor aprecio y veneración, y exigía lo mismo de sus subordinados. Una sola vez apeló a sus poderes de nuncio pontificio, es a saber, cuando Alvaro quiso impedirle en Malaca su viaje a la China. Era de opinión, que con humildad todo se puede conseguir, y que mejor es hacer poco bien sin escándalo que mucho con escándalo (4).

«El apóstol de la India, así escribía hace tres generaciones el estadista protestante Juan Crawford, merece ser contado entre los mayores hombres que han ido alguna vez al Asia oriental. Nadie puede leer su vida, tan rica en virtudes y merecimientos, sin sentirse arrebatado de admiración de esta grandeza desinteresada.»

Las novísimas investigaciones han confirmado plenamente este juicio. Un misionero protestante del Japón resume el resultado de sus averiguaciones sobre S. Francisco Javier del modo siguiente: «Quien considera sin preocupaciones su incansable actividad, no puede desconocer, que no sin razón lleva el honroso título

(1) Valignani, 68.

(2) Carta de 14 de abril de 1552: *Mon. Xav.*, I, 745 ss.

(3) F. Fournier en los *Etudes* CIX (1906), 666.

(4) *Mon. Xav.*, I, 746.



de apóstol. Javier no sólo era discípulo de Loyola, a quien estaba adherido con una veneración, que podría casi llamarse religiosa, ni sólo discípulo de la Compañía de Jesús...; era discípulo de Jesús mismo, a cuya imagen se había formado, y de quien había aprendido, como pocos, hasta en las cosas más mínimas, humildad, modestia, abnegación propia, gozoso entregamiento de sí mismo hasta el sacrificio, y amorosa condescendencia con los de ínfima condición. En santa e íntima comunicación con él, había penetrado el varón fiel y sincero en los secretos del reino de Dios. Mas todo su proceder y conducta demuestran, que se sentía llamado no por hombres, ni siquiera por medio de hombres, sino por Jesucristo y por Dios Nuestro Señor... Esto le dió aquel heroísmo intrépido y desafiador de la muerte, que no temiendo más que a Dios en este mundo, no temblaba a vista de ningún peligro, y le hacía arrostrar abiertamente aun los más grandes; esto le incitó a aquel celo inflamado, con que no se cansó de trabajar mientras fué de día para él; y esto le llenó de seguridad de la victoria, que es fianza de triunfantes éxitos.

«Para semejante oficio de apóstol fué Javier enriquecido por la naturaleza con cualidades, que le habían de favorecer mucho en el ejercicio del mismo; estaba dotado de claro y agudo ingenio y de un espíritu activo, magnánimo y capaz de entusiasmo; a pesar de toda su blandura y mansedumbre, estaba lleno de energía, de voluntad y de fuego, y no obstante su humildad tenía plena confianza en sus fuerzas; era un instrumento, con el que podía Dios tener especiales y grandes pensamientos, después que la vida de Javier, renunciando a los placeres mundanos y a las ambiciones terrenas, tomó para siempre la dirección hacia él y hacia las cosas eternas. Ciertamente Javier no fué sólo un siervo de Dios y discípulo de Jesús, sino que fué también hijo y ministro de su Iglesia, y rendido discípulo de la Compañía, a la que se había ligado con juramento. Su interpretación de la doctrina de Cristo fué la de la Iglesia católica, y su piedad la de su Orden. Sin embargo, tampoco eso ha de cegar a su crítico protestante para no ver, que era él un varón de Dios..., que con alma y corazón se empleó hasta consumirse en su santa y sublime vocación.» (1)

En el mundo católico perduró siempre viva y fructuosa la veneración a Francisco Javier, a quien Gregorio XV en 1622 con-

(1) Haas, I, 232-233.

cedió el honor de los altares. La antigua Goa es hoy una ciudad muerta, que sólo entonces despierta a nueva vida, cuando los restos mortales de San Francisco Javier son expuestos a la veneración de millares de devotos (1). También Roma posee desde 1616 una preciosa reliquia en la mano derecha del santo, con que bautizó a innumerables multitudes de infieles. El magnífico altar que la guarda, está situado frente al sepulcro del fundador de la Orden. Ninguna mayor honra pudo caber al discípulo de S. Ignacio, pero la merece muy cumplidamente, porque sus heroicas empresas y trabajos han introducido una nueva época para la conversión al cristianismo de todo el mundo civilizado de Oriente.

(1) Sobre la veneración de S. Francisco Javier cf. Daurignac, Historia de S. Francisco Javier, traducida al alemán por Clarus, Francfort, 1865, 396 ss., 408 ss., 418 ss., 429 ss.; Cros, II, 470 ss.; A. Brou, Saint François-Xavier, II, París, 1912, 370 ss.; Sommervogel, Bibl., X, 1657 ss. Sobre las grandes peregrinaciones a la antigua Goa v. la Gaceta popular de Colonia, 1911, n.º 87. Las últimas, muy extraordinarias y concurridísimas, efectuáronse el año 1922, con ocasión del tercer centenario de la canonización de San Francisco Javier.